
LA LITERATURA COMO FUENTE DOCUMENTAL PARA LA INVESTIGACIÓN EN HISTORIA DE LA EDUCACIÓN EN EL BRASIL

Maria Celi Chaves Vasconcelos¹

Universidad Católica de Petrópolis
Universidad del Estado de Río de Janeiro

La literatura como fuente de investigación

La literatura que retrata el siglo XIX en Brasil es, sin dudas, una de las principales fuentes para trazar un panorama de la realidad existente pues, a pesar de que se presente como narrativa de ficción, contiene elementos que otras fuentes documentales de dicho período, las cartas, las fotografías, los anuncios y la misma prensa, no explicitan de forma tan esclarecedora, mostrando el movimiento y la dinámica del cotidiano de los sujetos en el período de tiempo recortado por el novelista.

Además, las novelas poseen el realismo de las costumbres con descripciones, a veces satíricas o caricaturizadas, reveladoras de la vida burguesa, clase lectora y consumidora de los mismos, que se deleitaba viendo retratadas las historias que exacerbaban el cotidiano, clasificando en dicotomías los nexos entre el bien y el mal, lo correcto y lo incorrecto, lo moral y lo inmoral.

Constituyéndose, así, como archivo de memorias de una época, la literatura ochocentista apunta a una serie de «tipos populares», presentes en el paisaje del interior y de la Corte Imperial brasileña, la ciudad de Río de Janeiro, como la partera, las comadres, las beatas, las adivinas, las viudas, los «jóvenes» venidos del «campo», los extranjeros, los empleados, los padres en sus sotanas negras, los distraídos guardias en sus uniformes malhechos, y también traza algún perfil de aquellos que educaban a las niñas y niños, o le enseñaban oficios a una sociedad tan carente de artesanos.

Sin ninguna pretensión de análisis literario, sino sólo de sumergirnos en las fuentes, desvelando aquello que está archivado y puede ser analizado en una posibilidad más de demostrar el contexto en que ocurría la educación en el Brasil ochocentista, tomamos la novela como forma de construcción/reconstrucción del pasado, en parte ya muy leído, pero aún susceptible y posibilitador de nuevas lecturas.

Las novelas del período conocido en la literatura brasileña como «romanticismo», y el «realismo», de manera general, empiezan describiendo al «héroe», o sea, el personaje principal y su entorno. Esa referencia, casi siempre, dedica algunos párrafos a contar la condición educacional del personaje y cómo esta fue alcanzada, lo que ya demuestra no haber uniformidad en la adquisición de la educación durante el siglo XIX.

1. Contacto: maria2.celi@gmail.com

Introducidos en diferentes historias, transitan amas, gobernantas, maestros preceptores, profesores particulares de lenguas, música, danza y toda serie de «prendas» consideradas como indispensables para la buena educación; clases domésticas dadas por parientes, agregados, capellanes locales, o, inclusive, los maestros escuelas, que dictaban las clases esporádicas o periódicas en sus propias casas, además de los colegios particulares y de los temidos internados. Ese variado escenario de posibilidades educacionales permitió que cada personaje de la literatura ochocentista brasileña tuviera un currículo propio y una forma personalizada de adquirir la educación, tanto en lo que se refiere a la instrucción como a la educación como formación.

Los colegios y sus profesores, como también puede constatarse en la literatura portuguesa,² no son los principales *targets* literarios y la educación doméstica sobrepone la práctica de enviar a los hijos a la escuela, especialmente, cuando se trata de instrucción básica y de contenidos específicos y, particularmente, en la educación femenina.

La educación en la literatura: maestros y preceptores, colegios e internados

En Brasil, la educación doméstica está representada de forma recurrente en la literatura del período estudiado, particularmente, a mediados del siglo XIX, tanto en la enseñanza de primeras letras y de aprendizajes considerados indispensables para la buena educación de las elites, como en la perspectiva de adquisición de un oficio, principalmente para las mujeres que, no disponiendo de sostén parental, tenían que proveer su propio sustento, siendo la ocupación de maestra de mujeres la única opción descrita y relativamente aceptada en las historias de las novelas.

Los colegios, a su vez, aparecen complementando la educación doméstica o a la inversa, caracterizándose, en la literatura, como una opción utilizada, la mayoría de las veces, para niñas huérfanas y para niños que necesitaban ser internos o concluir los estudios, buscando los exámenes preparatorios, o inclusive, para aquellos que no podían contar con preceptores propios.

Incluso en la novela titulada *O Atheneu-chronicas de saudades* de Raul Pompéia, publicado en folletines en el periódico *Gazeta de Notícias*, a partir de abril de 1888, que, de manera autobiográfica, narra dos años de la vida del autor en el interior de un internado para niños, localizado en la Corte Imperial, o sea, un colegio particular muy respetado en la época, aún así la novela se refiere a la educación doméstica, cuando el autor cuenta su educación hasta los 11 años, fecha de ingreso al Ateneo.

Al depararse con la inevitable entrada a la puerta del Ateneo, el autor recuerda los «felices tiempos» en que disfrutó la educación «exóticamente en el internadero de cariño que es el régimen del amor doméstico», agregando:

«...diferente de lo que se encuentra afuera, tan diferente, que parece el poema de los cuidados maternos un artificio sentimental, con la ventaja única de hacer más sensible

2. ARAÚJO, H. C.: *Pioneiras na educação, as professoras primárias na viragem do século 1870-193*, Lisboa, Instituto de INOVAÇÃO educacional, IE, 2000.

a la criatura a la impresión ruda de la primera enseñanza, temple brusco de la vitalidad en la influencia de un nuevo clima riguroso.»³

Inmediatamente, como para no dejar que se apaguen frente a una realidad que se presenta completamente diferente, el autor narra sus experiencias educativas anteriores al Ateneo:

«Asistía como externo, durante algunos meses, a una escuela familiar del Caminho Novo, donde algunas señoras inglesas, bajo la dirección del padre, distribuían educación a la infancia como mejor les parecía. Entraba a las nueve, tímidamente, ignorando las lecciones con la mayor regularidad, y bostezaba hasta a las dos, torciéndome de insipidez sobre los carcomidos bancos que el colegio compraba, de pino, usados; lustrosos por el contacto de la picardía de no sé cuántas generaciones de pequeños.»⁴

El externado familiar, al cual se refiere el autor, parece adecuarse a la categoría de colegios particulares, bastante presentes en la Corte, donde se dictaban las clases en una parte de la casa, en ese caso, de las maestras. Llama la atención, además, el hecho de que «las maestras» eran inglesas y hacían aquello que juzgaban ser la mejor forma de «distribuir» la educación a los niños.

Por alguna razón, el autor/personaje dejó la escuela de las señoras inglesas como revela a continuación: «Me instruyó después un profesor a domicilio». A esas experiencias, el autor denomina «ensayo de la vida escolar a la que me sujetó la familia, antes de la verdadera prueba, estaba perfectamente virgen para las sensaciones nuevas de la nueva fase. ¡El internado!».

¿Qué diferencias tan grandes se presentaban entre la educación doméstica, hasta los 11 años, y el internado para el cual el autor se dirigía? Posiblemente, por el tono de melancolía y nostalgia que se imprime en la narrativa, la educación doméstica recibida por ese personaje era casi un intervalo de la propia rutina de la casa y permitía una cierta informalidad en la conducta, coherente con lo que él mismo llama de «comodidad placentera de la dieta casera».

En relación al Ateneo, se supone que retrata un período de la vida de Raul Pompéia, entre los 10 y los 16 años, en que recibió educación escolar en uno de los más famosos colegios de la Corte en aquel período, el Colegio Abílio, dirigido por Abílio César Borges, el Barón de Macaúbas.

Otra crónica de costumbres, representante de la literatura ochocentista, que trata de la educación realizada en la esfera doméstica, es *Memórias de um Sargento de Milícias* de Manuel Antônio de Almeida, publicado entre 1854 y 1855.

En esa obra, el «héroe de la historia» aparece descrito desde su nacimiento, narrándose sus aventuras de niño travieso viviendo en Río de Janeiro en la Corte de D. João VI. La historia de Leonardo, que vendría a ser el sargento de milicias, comienza con la fuga de la madre de vuelta a Lisboa y el abandono del niño por el padre, entregado a los cuidados del padrino, un barbero típico de aquellos tiempos y lugar que, por no tener hijos, se encariña con el niño y lo cría como tal. Pensando en el futuro del niño, el padrino estudia

3. POMPÉIA, R.: *O Ateneu*, São Paulo, Klick Editora, 1997, p. 11.

4. *Ibid.*

las opciones posibles de educación para la época y se decide, inicialmente, por enseñarle él mismo a leer y a escribir, hasta que, según sus planos, lo pudiera llevar a la escuela:

«Él aún es muy pequeño, pero voy a tratar del ir desasnándolo aquí mismo en casa, y cuando tenga doce o catorce años va a entrar a la escuela. Habiendo rumiado por mucho tiempo esta idea, un día a la mañana llamé al pequeño y le dije, —Niño, ven acá, estás haciéndote hombre (tenía él nueve años); es necesario que aprendas alguna cosa para hacerte gente algún día; desde el lunes en adelante (era miércoles) voy a empezar a enseñarte las primeras nociones. Hártate de travesuras por el resto de esta semana.»⁵

A cargo de los padres, la educación doméstica se daba de la forma más prosaica que se pueda imaginar, comenzando, la mayoría de las veces, por memorizar el alfabeto y después ir reuniendo las letras de forma que, además de escribirlas, memorizaran el sonido que representaban. De esa forma, también el padrino de Leonardo comenzó a enseñarle: «(...) el compadre se aplicaba a trabajar en la realización de sus intentos, y comenzó por enseñarle el a-b-c al niño; sin embargo, por primera contrariedad, este se empacó en la F, y nada le hacía seguir adelante».⁶

La preocupación del padrino en relación al ahijado, ahora bajo sus cuidados, tenía también el carácter de decisión sobre el futuro del niño, pues era en el camino de la educación dada a los niños que ya se delineaba el futuro a continuación: o aprendiz de un oficio, que ejecutaría por toda su vida, comúnmente el oficio del padre; o para ser clérigo, lo que significaba una vida sin necesidades y gozando del respeto de los párrocos; o se tornaba un estudioso, concluyendo los estudios en las instituciones que había por aquí y acabando por ir a Coímbra:

«Por el oficio del padre...(pensaba) se gana dinero, es verdad, cuando se tiene maña, sin embargo siempre si hay que decir, —pero, ¿es una ovejita!... Nada... por este lado no... Por mi oficio... es verdad que me las arreglé (...), sin embargo no lo quiero hacer esclavo de las monedas de cuatro vintens de los clientes... Sería tal vez bueno mandarlo al estudio... sin embargo, ¿para qué diablos sirve el estudio? La verdad es que parece tener buena memoria, y yo podría más adelante mandarlo a Coímbra... Sí, es verdad... tengo aquellas monedas; estoy viejo ya, no tengo hijos ni otros parientes... pero también, ¿qué diablos hará él en Coímbra? Licenciado no: es mal oficio; ¿letrado? es bueno...sí, letrado... pero no; no, le tengo idea a quien lidia con papeles y demandas... ¿Clérigo?... un señor clérigo es muy bueno... es una cosa muy seria... se gana mucho... puede que un día sea cura. Está dicho, tiene que ser clérigo...»⁷

Al contar la historia, el autor de la novela *Memórias de um sargento de milícias*, Manuel de Almeida, probablemente, por el fin a que se destinaba, o sea, ser publicada en el *Correo Mercantil* de Río de Janeiro, en capítulos unitarios, como folletín, explorando las costumbres populares en la mitad del ochocientos, muestra las pretensiones y representaciones sociales de la pequeña burguesía, aunque caricaturizadas, pero que permiten

5. ALMEIDA, M. A. de: *Memórias de um sargento de milícias*, São Paulo, Klick Editora, 1997, pp. 22-23.

6. *Ibíd.*, p. 34.

7. *Ibíd.*, p. 22.

una lectura del lugar de la educación en la vida de la población, narrando la trayectoria que llevaba a las posibilidades ocupacionales de la época. De una forma o de otra, todas ellas incluían un paso por la educación doméstica, sea en el aprendizaje de las primeras letras, sea en el aprendizaje de un oficio. El mismo padrino, cuenta la novela, había aprendido a leer y a escribir y se había hecho barbero, instruyéndose en su oficio en la casa de un barbero, como narra a continuación:

«Cuando llegó a la edad de despertarse de la vida se encontró en la casa de un barbero que lo cuidaba, sin embargo, nunca le dijo si era o no su padre o su pariente, ni tampoco el motivo por el que trataba a su persona. (...) Ese hombre le enseñó el oficio, y por inaudito milagro también a leer y escribir. Mientras fue aprendiz pasó en casa de su... maestro, en falta de otro nombre, una vida que por un lado se parecía a la del criado, por otro a de hijo, por otro a la de agregado, y que a fin de cuentas no era sino vida de bastardo, que el lector sin duda ya adivinó que lo era. A cambio de eso le daba el maestro sustento y vivienda, y se pagaba lo que por él había hecho.»⁸

Así, también él decidió enseñarle al ahijado a leer y a escribir, a pesar de las dificultades encontradas en dar por concluida la tarea: «el niño se desempacó de la *F*, y ya andaba por la *P* donde, por una infelicidad, se empacó de nuevo». No obstante, los contratiempos no desanimaron al padrino y él se alegraba con el progreso y se llenaba de esperanzas, declarando que «nunca había visto un niño de mejor memoria que el ahijado, y cada lección que este daba por sabida cada cuatro por lo menos, era para él un triunfo».⁹ Todos los esfuerzos, no obstante, no fueron suficientes y Leonardo «leía deletreado sufriblemente».

Frente a las dificultades de enseñarle, lo que se tornaba necesario para el destino que le determinó el padrino —ser clérigo—, la única opción era «meterlo en la escuela» donde, bajo la supervisión de un maestro, podría lograrse mayor éxito del que había conseguido en la casa, hasta entonces.

De esa forma, también en la literatura, la escuela de primeras letras era una opción, para la cual, probablemente, aquellos que tenían disposición, tiempo y paciencia, o que podían contratar un maestro particular, no necesitaban recurrir, pudiendo finalizar la tarea de enseñarles a leer y a escribir a los niños bajo su responsabilidad.

O por no tener éxito en el emprendimiento, o por no encontrarse en condiciones de concluirlo, el padrino se decidió por la búsqueda de una «escuela» para el ahijado. La escuela, en ese contexto, también era casi doméstica, funcionando en la casa del maestro, que decidía sobre la recepción del alumno, lo examinaba para ver las condiciones en que se encontraba y diagnosticaba lo que había que hacer. La propia escuela se confundía con la casa, funcionando en ella y bajo su responsabilidad, al punto de que, a la salida, el maestro exigía que los niños le tomaran la bendición, como se hacía con los padres al dejar la casa.

La escuela doméstica y el maestro escuela, descritos en esa novela, tienen características muy semejantes a otras existentes de hecho, en la ciudad, en la época, a mediados del siglo XIX:

8. *Ibid.*, p. 37.

9. *Ibid.*, p. 43.

«Fue de hecho a encargarse de eso y a hablarle al maestro para que recibiera al pequeño; vivía este en una casa de la calle Rua da Vala, pequeña y oscura. Fue el barbero recibido en la sala, que estaba amoblada por cuatro o cinco largos bancos de pino, sucios ya por el uso, una mesa pequeña que pertenecía al maestro, y otra mayor donde escribían los discípulos, toda llena de pequeños agujeros para los tinteros; en las paredes y en el techo había colgada una porción enorme de jaulas de todos los tamaños y formas, dentro de las cuales saltaban y cantaban pajaritos de diversas cualidades: era la pasión predilecta del pedagogo. Era este un hombre todo en proporciones infinitesimales, bajito, flaquito, de carita estrecha y chupada, excesivamente calvo; usaba lentes, tenía pretensiones de latinista, y le daba palmadas a los discípulos por cualquier cosa insignificante. Por eso era uno de los más avalados de la ciudad. El barbero entró acompañado por el ahijado, que quedó un poco disgustado a la vista del aspecto de la escuela, que nunca había imaginado. Era sábado; los bancos estaban llenos de niños, vestidos casi todos de chaquetas o frac lila, pantalones de brin oscuro y una enorme carpeta de cuero o cartón colgada por un cordel bandolera: llegaron los dos exactamente a la hora de la tabla cantada. Era una especie de cantinela de números que se usaba entonces en los colegios, cantada todos los sábados en una especie de canto llano monótono e insoponible, pero que a los niños les gustaba mucho. Las voces de los niños, juntas al canto de los pajaritos, hacían una algazara que daba dolor de oídos; el maestro, acostumbrado, escuchaba impasible, con una enorme palmatoria en la mano, y ni el menor error que alguno de los discípulos cometía se le escapaba en el medio de todo el bullicio; hacía parar el canto, llamaba al infeliz, emendaba cantando el error cometido, y lo cascaba por lo menos seis veces. Era el regente de la orquesta enseñando a marcar el compás. El compadre expuso, en el medio del ruido, el objeto de su visita, y le presentó el pequeño al maestro. —Tiene muy buena memoria; deletrea alguna que otra cosa ya, no le dará mucho trabajo, dijo con orgullo.»¹⁰

El método utilizado en la escuela se basaba en la rigidez de las órdenes y en la aplicación de castigos físicos —las palmadas— a la menor percepción de su no cumplimiento. Así, el maestro les enseñaba a sus discípulos con la autoridad mayor o semejante a la del padre, pudiendo decidir y aplicar los castigos a su criterio. Como la elección de la escuela y del maestro era una opción y una decisión personal, por lo tanto, no cabía objetar sus métodos y, mucho menos, cuestionarlo en relación a la aplicación de las penas, como se puede observar claramente en la lucha que estableció el padrino de Leonardo para hacerlo regresar a la escuela, después de haber recibido algunas palmadas ya el primer día de asistencia:

«El lunes volvió el niño armado con su competente carpeta bandolera, su pizarra para escribir y su tintero de cuerno; el padrino lo acompañó hasta la puerta. Ese mismo día se portó de tal manera que el maestro no pudo dejar de darle cuatro palmadas, lo que le hizo perder toda la alegría con la que entró: declaró desde ese instante guerra viva a la escuela. Al mediodía vino el padrino a buscarlo, y la primera noticia que le dio fue que no volvería al día siguiente, ni siquiera esa tarde. (...) Le costó mucho reducir al niño a volver esa tarde a la escuela, lo que sólo logró con la promesa de que le hablaría al maestro para que no le pegara más. Esto, sin embargo, no era algo que se hacía, y no fue

10. *Ibid.*, pp. 46-47.

sino un anzuelo para arrastrar al pequeño. Entró este desesperado a la escuela, y por ningún principio quería quedarse quieto y callado en su banco; el maestro lo llamó y lo puso de rodillas a pocos pasos de sí; pasado poco tiempo se dio vuelta distraídamente, y lo sorprendió en el momento en que erguía la mano para tirarle un bollo de papel. Lo llamó de nuevo, y le dio una docena de palmadas. (...) A fuerza de muchos trabajos, de mucha fatiga y, sobre todo, de mucha paciencia, logró el compadre que el niño asistiera a la escuela durante dos años y que aprendiera a leer muy mal y a escribir aún peor. En todo ese tiempo no pasó un sólo día en que él no llevara una remesa mayor o menor de palmadas; y a pesar de la fama que gozaba su pedagogo de muy cruel e injusto, debe confesarse que pocas veces lo fue con él (...).»¹¹

Así como el maestro escuela, otro personaje de la novela de Manuel de Almeida es el maestro de oración que, según describe el propio autor, era una «institución» tan respetada en Río de Janeiro, como la de los maestros escuelas y de los profesores particulares, en aquellos tiempos, a mediados del ochocientos. El maestro de oración se vestía como el maestro escuela y como él portaba una «tremenda» palmatoria en uno de los bolsos, «compendio único por donde enseñaba a sus discípulos». El maestro de oración, personaje de la novela, así como todos los que se ocupaban de la educación en aquellos tiempos y contextos, tenían como principal método la corrección por los castigos físicos, las palmadas, aplicadas siempre que se percibía un error o equivocación. A diferencia del maestro escuela y semejante a los profesores particulares, él es que iba hasta a la casa de los discípulos: «Andaban por las casas enseñándoles a rezar a los hijos, criados y esclavos de ambos sexos».¹² Como no eran un gran número, el autor resalta que vivían en gran actividad para atender el número de casas que los contrataban, pues inclusive aquellas que tenían pocos niños, en determinado momento, se encargaron de tener su maestro de oración.

El análisis de las fuentes literarias sugiere que cuanto más rígidos eran, de mejor reputación gozaban los maestros en el ochocientos, sea en el ABC, en la tabla o en la oración. La aplicación de los castigos era uno de los aspectos que más diferenciaba las clases y las lecciones dadas por los parientes, de las clases y de las lecciones dadas por los maestros, a veces llamados en las novelas de «pedagogos». Los últimos usaban, con mayor decisión y desenvoltura, la palmatoria, además de exhibirla como herramienta indispensable para el trabajo que realizaban y, por lo tanto, en algunos casos, parecía ser la única solución para la corrección y garantía de aplicación de los alumnos.

La educación femenina en la literatura clásica brasileña

Contemporánea de *Memórias de um sargento de milícias*, otra obra analizada en la búsqueda de las pistas sobre la educación ochocentista es *A Moreninha*, escrita por Joaquim Manuel de Macedo en los inicios del género novelístico. En esa novela publicada en 1844, la «heroína» de la historia, como gran parte de las jóvenes de su clase social, fue educada por un ama, que vivía en la casa y tenía el amor de la niña:

11. *Ibíd.*, pp. 47-48

12. *Ibíd.*

«Vivía con la Sr^a D. Ana una pobre mujer, de nombre Paula, muy estimada por todos, porque lo era de la pequeña déspota de aquella isla, de D. Carolina, a quien había servido de ama. Los desvelos e incómodo que tuviera en la crianza de la niña le eran sobradamente pagados por la gratitud y ternura de la joven.»¹³

Las amas, la mayoría de las veces, gozaban del amor casi filial de las niñas a las que habían cuidado y habían educado, como en la novela citada, en la cual, Carolina, la «morenita», a pesar del genio y de ser presentada por el autor como traviesa y «solamente capaz de jugar y ser imprudente», demuestra un inmenso afecto por la mujer a quien consideraba «madre».

Otro personaje femenino característico de la literatura ochocentista es Aurélia Camargo, protagonista de la novela *Senhora*, escrita por José de Alencar y publicada en 1875. Como el propio autor sugiere, *Senhora* buscaba trazar un «perfil de mujer» y retrataba el universo femenino de la elite en dicho período. Aurélia se presenta como un personaje destacado en la sociedad fluminense y el autor describe la preocupación del propio personaje por la excelencia de su educación:

«—En todo caso, ¿es mejor educada que yo?
—¿Que usted, Aurélia? Ha de ser difícil que se encuentre en todo Río de Janeiro otra joven que tenga su educación. Allá inclusive, en París, de la que tanto se habla, dudo que la haya. (...) Usted toca el piano como Arnaud, canta como una prima-donna, y conversa en la sala con los diputados y los diplomáticos, que quedan todos hechizados.»¹⁴

Dichas habilidades, resaltadas en el personaje, se referían a aptitudes desarrolladas, probablemente, en la educación doméstica, a través de maestros y profesores particulares, como apunta el autor: «crecieron los dos hijos de Camargo; ambos recibieron una excelente educación. Las liberalidades del viejo hacendero permitían que Pedro tratase a la familia con decencia y abastanza». La misma Aurélia cuando se ve sola y sin recursos, habiendo muerto su hermano y posteriormente su madre, obligada a irse a vivir a la casa de una pariente, decide ofrecer sus servicios como profesora en colegios o casas de familia, como relata el novelista:

«Aceptando la compañía de D. Firmina, no era la intención de Aurélia tornarse una carga para su pariente. Pasados los ocho días de luto, envió por el Dr. Torquato Ribeiro un anuncio al diario, ofreciendo mediante condiciones razonables sus servicios como profesora de colegio, o maestra en casa de familia.»¹⁵

Mientras tanto, el personaje no llegó a ejercer semejantes funciones ya que, días después, llega la noticia del reconocimiento hecho en testamento por su abuelo, antes de morir, que le legaba a Aurélia toda su fortuna.

El destino de Aurélia, como maestra en casas de familia, fue de súbito interrumpido, sin embargo, siguiendo las posibilidades indicadas por el autor, esa era una de las pocas

13. MACEDO, J. M.: *A Moreninha*, São Paulo, Ática, 1982, 82.

14. ALENCAR, J. *Senhora*, São Paulo, Klick Editora, 1997, p. 18.

15. *Ibid.*, p. 84.

opciones para las jóvenes educadas que se veían frente a la falta de sustento parental, teniendo que ejercer alguna actividad remunerada aceptada por la sociedad ochocentista.

En las obras de Machado de Assis, también hay diversos personajes femeninos, con las características de la mujer educada en el ochocientos, como *Helena*, novela que lleva ese nombre y fue escrita en 1876.

Helena es descrita como «pianista distinguida, sabía dibujo, hablaba correctamente la lengua francesa, un poco la inglesa y la italiana. Entendía de costura y bordados y toda la suerte de trabajos femeninos. Conversaba con gracia y leía admirablemente».¹⁶

El personaje de Machado de Assis había recibido la primera educación en el ambiente doméstico, como revela su padre:

«Cuando pudo aprender los rudimentos de la lectura, le di las primeras lecciones; asistí pasmado a la aurora de aquella inteligencia que los señores ven hoy tan desarrollada y lúcida. Aprendía con facilidad, porque estudiaba con amor. Ângela y yo construíamos los castillos más lindos del mundo. Nosotros la veíamos ya mujer, preciosa como sería, porque ya lo era, inteligente y preparada, esposa de algún hombre que la adorase y elevase.»¹⁷

En la novela, Helena continúa su educación «en un colegio de Botafogo, donde recibió distinguida educación»¹⁸ y donde quedó residiendo, definitivamente, después de la muerte de la madre, hasta que se la llevaron a la casa, en la cual se ambienta la novela.

Las casas brasileñas del ochocientos estaban habitadas por la familia, a veces ampliada, incorporando parientes, huéspedes, agregados y amas, permitiendo que se tuviera la posibilidad de realizar la educación bajo la responsabilidad de uno de ellos, en el ambiente doméstico, proporcionándoles a los niños conocimientos previos a la entrada en la escuela y a las niñas la adquisición de instrucción básica y de las habilidades femeninas consideradas necesarias, en la propia esfera privada.

Maestros y maestras: a quienes les cabía la función de educar a los niños

En *Memórias póstumas de Brás Cubas*, fechada en 1881, Machado de Assis revela también un poco del estereotipo de los profesores del ochocientos. Con la infancia marcada por travesuras, el personaje de Machado de Assis en esta novela, va a la escuela y, como no podría dejar de ser, considerando su temperamento, así se refiere a ese tiempo:

«Unamos ahora los pies y demos un salto por encima de la escuela, la aburrida escuela, donde aprendí a leer, escribir, contar, dar sopapos, recibirlos, e ir hacer diabluras, sea en los montes o en las playas, donde quiera que fuera propicio para ociosos. Tenía amarguras ese tiempo; tenía los gritos, los castigos, las lecciones arduas y largas, y un poco más, muy poco y muy liviano. Sólo era pesada la palmatoria, y aún así... Oh, palmatoria, terror de mis días pueriles, has sido el *compelle intrare* con el que un viejo

16. MACHADO DE ASSIS, J. M.: *Helena*, São Paulo, Martin Claret, 2002^a, p. 31.

17. *Ibíd.*, p. 143.

18. *Ibíd.*, p. 148.

maestro, huesudo y calvo, me metió en el cerebro el alfabeto, la prosodia, la sintaxis, y todo lo que sabía, bendita palmatoria, tan maldecida por los modernos, cuánto daría por haberme quedado bajo tu yugo, con mi alma imberbe, mis ignorancias, y mi espadín, aquel espadín de 1814, ¡tan superior a la espada de Napoleón!»¹⁹

A partir de la descripción del maestro, los recuerdos de Brás Cubas permiten trazar un perfil de los hombres dedicados al magisterio particular y de los que enseñaban en sus propias casas, denominadas colegios, que comenzaban a puntearse en las calles de Río de Janeiro, desde las primeras décadas del siglo XIX:

«¿Qué querías tú, a fin de cuentas, mi viejo maestro de primeras letras? Lección de memoria y compostura en la clase; nada más, nada menos que lo que quiere la vida, que es de las últimas letras; con la diferencia de que tú, si me metías miedo, nunca me metiste bronca. Aún te veo entrar al aula, con tus chinelas de cuero blanco, capote, pañuelo en la mano, calva a la vista, barba afeitada; te veo sentarte, bufar, gruñir, absorber una pitada inicial, y llamarnos después a la clase. E hiciste esto durante veintitrés años, callado, oscuro, puntual, metido en una casita de la calle rua do Piolho, sin enfadar al mundo con tu mediocridad, hasta que un día diste el gran zambullón en las tinieblas, y nadie te lloró, salvo un negro viejo, —nadie, ni yo, que te debo los rudimentos de la escritura.»²⁰

Así como Brás Cubas, su amigo de colegio, Quincas Borba —que después mereció de Machado de Assis una obra propia—, tiene sus peripecias de colegio también descritas en *Memórias póstumas*, ejemplificando la infancia que convivía con la palmatoria de los maestros:

«Se llamaba Ludgero el maestro; quiero escribir su nombre completo en esta página: Ludgero Barata, —un nombre funesto—, que les servía a los niños de eterno destinatario. Uno de nosotros, Quincas Borba, era realmente cruel con el pobre hombre. Dos, tres veces por semana, le dejaba en el bolsillo de los pantalones, —unos largos pantalones para meterse—, o en el cajón de la mesa, o al pie del tintero, una cucaracha muerta. Si él la encontraba aún en las horas de la clase, daba un salto, circulaba los ojos incendiados, nos decía los últimos nombres: éramos sabandijas, charlatanes, malcriados, mocosos. Unos temblaban, otros rezongaban; Quincas Borba, sin embargo, se quedaba quieto, con los ojos clavados en el aire. Una flor, Quincas Borba. Nunca en mi infancia, nunca en toda mi vida, vi un niño más gracioso, inventivo y travieso. Era la flor, y no ya de la escuela, sino de toda la ciudad. La madre, viuda, con alguna que otra cosa, adoraba al hijo y lo traía mimado, aseado, arreglado, con un vistoso paje atrás, un paje que nos dejaba escaparnos de la escuela, ir a cazar nidos de pájaros, o perseguir lagartijas en los morros do Livramento y da Conceição, o simplemente vagar, ociosamente, como dos holgazanes sin empleo.»²¹

19. MACHADO DE ASSIS, *op. cit.*, 1997, p. 45.

20. *Ibid.*, pp. 45-46.

21. *Ibid.*, p. 46.

Aluísio Azevedo, otro popular autor de la época, en su libro *Casa de pensão*, escrito en 1884, también describe un poco de la infancia, de la escuela y de los maestros en el siglo XIX. En esta obra, el autor, por medio del personaje Amâncio Vasconcelos, ofrece una muestra de cómo era la educación ochocentista, de la cual conservó, a lo largo de toda su vida, «odio» y «repugnancia» por el maestro, descrito por el autor de la siguiente forma:

«A los siete años entró a la escuela. ¡Qué horror! El maestro, un tal Antonio Pires, hombre grosero, bruto, de cabello duro y ojos de toro, les pegaba a los niños por gusto, por un hábito del oficio. En la clase sólo hablaba gritando, como si dirigiese ganado. Tenía las manos gruesas, la voz áspera, el semblante salvaje; y cuando se metía adentro un poco más de vino, se ponía peor. Amâncio, ya en la Corte, sólo de pensar en el bruto, además sentía los escalofríos de los otros tiempos, y con ellos vagos deseos de venganza. Un malquerer enfermizo le invadía el corazón, siempre que se acordaba del maestro y del padre. Los envolvía en el mismo resentimiento, en el mismo odio sordo e inconfesable. Todos los pequeños del aula le tenían bronca a Pires. En él veían al verdugo, al tirano, al enemigo y no al maestro; pero, dado que cualquier manifestación de antipatía redundaba fatalmente en castigo, los pobres niños fingían estar satisfechos; reían mucho cuando el borracho decía algún chiste, y a fin de cuentas, ¡pobrecitos! Se iban habituando al servilismo y a la mentira. Los padres ignorantes, viciados por las costumbres bárbaras de Brasil, atrofiados por el hábito de lidiar con esclavos, entendían que aquel animal era el único profesor capaz de ‘enderezar a los hijos’. Le elogiaban la rigidez, le recomendaban siempre que ‘no consintiera a los chicos’ y que, cuando fuera necesario, ‘doblara de parte de ellos la dosis de palmadas’.»²²

La crueldad y la incuria de los maestros, descritas en la literatura, tal vez presenten la realidad que llevó a la discusión, por aquella época —cuando los maestros de primeras letras eran mayoritariamente hombres—, de quién debería educar los niños en la primera infancia, desencadenando la defensa de la mujer como más adecuada para darles educación básica a niños y niñas.

Otra novela de Machado de Assis, *A mano e a luva*, publicada en folletín en 1874, tiene como personaje a Guiomar, una joven huérfana que fue a vivir con la madrina, una Baronesa viuda que poseía como dama de compañía a una señora inglesa.

Guiomar fue educada por la madre antes que esta muriera, como relata el autor:

«Su madre, después de que muriera el marido, no tenía otro cuidado en la tierra ni otra ambición más que la de verla preparada y feliz. Ella misma le enseñó a leer mal, como ella sabía, y a coser y bordar, y lo poco más que poseía de su oficio de mujer. Guiomar no tenía ninguna dificultad en retener lo que la madre le enseñaba, y con tal afínco lidiaba por aprender, que la viuda —al menos en esa parte— se sentía venturosa. —Has de ser mi doctora, le decía muchas veces; y esta simple expresión de ternura alegraba a la niña y le servía de incentivo para ser aplicada.»²³

22. AZEVEDO, A.: *Casa de pensão*, São Paulo, Martin Claret, 2002, p.p. 27-28.

23. MACHADO DE ASSIS, J. M.: *A mão e a luva*, Porto Alegre, L&PM, 2002c.

A los 13 años, Guiomar quedó huérfana y la madrina la hizo entrar en un colegio «donde perfeccionaba lo que sabía y donde le enseñaban muchas cosas más». Cuando la joven tenía 16 años, la Baronesa la cambió de colegio a uno que le parecía más adecuado para darle mejor educación. Guiomar manifestaba el deseo de ser profesora y se lo expresó de la siguiente manera a la Baronesa:

«—No hay otro recurso, le dijo a la baronesa cuando le confió esta aspiración. —¿Cómo? Preguntó la madrina. —No hay otro, repitió Guiomar.— No dudo, ni puedo negar el amor que usted me tiene; pero a cada cual le cabe una obligación, que se debe cumplir. La mía es... es ganar el pan. (...) —Le pido una cosa honrosa para mí (...).»²⁴

No obstante, poco tiempo después, murió la única hija de la Baronesa y esta toma a Guiomar como forma de llenar el lugar de la hija, estableciéndola definitivamente en su casa y alterando sus planes anteriores, pues ya no le parecía adecuado que, siendo tratada como hija de la Baronesa, fuera profesora, como la misma Guiomar le explica al encontrar al sobrino de la antigua maestra del colegio: «salí del colegio enseguida después de que usted fue a São Paulo. Salí por invitación de la baronesa, mi madrina, que me fue a buscar un día, alegando que yo ya no tenía que aprender, y que no me convenía enseñar».²⁵

De lo que puede desprenderse del relato machadiano, enseñar tanto en casas de familia, como en colegios, también en Brasil ochocentista como en los demás países, era una práctica aceptada solamente para las mujeres que necesitaran ese trabajo para sobrevivir, tratándose de una ocupación «mediocre». Una vez elevada a la condición de heredera de la Baronesa, el personaje de la novela *A mano e a luva*, rápidamente, se identifica con la nueva condición social, siendo a partir de ahí descrita por el autor como alguien que «voluntariamente, sólo una vez aceptó la oscuridad y la mediocridad; fue cuando se propuso la continuación del oficio de enseñar; pero se debe decir que contaba con la ternura de la baronesa».²⁶

Otro personaje de Machado de Assis, que también ambicionaba ser maestra de piano, es Iaiá Garcia, descrita en novela fechada en 1879, que lleva el nombre de la heroína. Hija de un modesto funcionario público, huérfana de madre y siendo educada en un colegio, Iaiá escapa de dicho destino de maestra, al casarse con un oficial del ejército, hijo de un juez.

Sobre los planes de Iaiá Garcia de tornarse maestra de piano, el padre, al escucharlos, se posicionaba así:

«Luís Garcia sonreía a esos planes de la niñez, tan frágiles y escurridizos como sus impresiones. También él los tenía a los diez años. ¿Qué le había quedado de esas primeras ambiciones? Un residuo y nada más. Pero, así como las aspiraciones de aquellos tiempos lo hicieron feliz, era justo no disuadir a la hija de una ambición, de hecho, inocente y modesta. ¡Ojalá no tuviera luego otras de más alto vuelo! Más allá de eso, ¿qué podría él desear, sino aquello que la tornara independiente y le diera los medios

24. *Ibid.*, p. 50.

25. *Ibid.*, p. 36.

26. *Ibid.*, p. 117.

para vivir sin que sea de prestado? Iaiá tenía de por sí la belleza y la instrucción; podía no ser suficiente para darle casamiento y familia. Una profesión honesta apartaba los golpes posibles de la adversidad. No se podía decir que Iaiá tuviera talento musical: ¿qué importa? Para enseñar la gramática del arte, era suficiente conocerla.»²⁷

Mientras tanto, Iaiá recibe del autor, al final de la novela, un destino considerado bastante deseado por las jóvenes de la época, casándose con Jorge, hijo huérfano de la viuda de un juez que, cuando aún estaba viva, todo había hecho para separar al hijo de la joven Estela, de quien el mismo estaba enamorado, por ser la joven, de condición humilde, no adecuada a las pretensiones de la viuda para la mujer de su hijo.

Estela, también huérfana de madre y educada en un colegio, posteriormente viene a tornarse madrastra de Iaiá García, casándose con Luiz García. Cuando este muere, no pudiendo vivir con la hijastra y el marido, por tratarse de su antiguo afecto, Estela acaba ofreciéndose para trabajar en un colegio lejos de la Corte: «Una antigua condiscípula de Estela, residente en el norte de São Paulo, aceptaba la propuesta que esta le había hecho, de dirigir el establecimiento de educación que allí fundara hacía algunos meses».²⁸

De esa forma, el autor opta por un «final feliz» para la joven Iaiá García, que se casa con Jorge, el hijo del juez, legando a su madrastra Estela, viuda de su padre y antiguo afecto de Jorge, su novio, la otra opción para las mujeres de aquella época: ocuparse de la educación de niñas en colegios o en casas de familia.

Consideraciones Finales

La novela *Iaiá García* representa bien las cuestiones de clase en una sociedad jerárquicamente diferenciada, en la cual el trabajo femenino y, en ese caso, las pocas opciones que se les presentaban a las mujeres, eran consideradas ocupaciones sólo destinadas a aquellas que no poseían una condición social y económica «adecuada», o sea, mujeres que necesitaban adquirir su propio sustento o a aquellas que no se casaban o que quedaban viudas.

A través de la literatura, podemos contextualizar la información obtenida en las demás fuentes estudiadas, entendiéndose las circunstancias, tanto de las condiciones en que ocurría la educación ochocentista brasileña, sus finalidades, conveniencias y prerrogativas, así como el perfil de sus agentes, en un cotidiano en que la educación, en la casa o en la escuela —esta última algunas veces de difícil acceso o inexistente—, era concebida con excesivo rigor, que resultaba en extremos de clasificación dicotómicos, en los cuales convivían la infancia incontrolable que, fuera de los espacios de educación, o inclusive disimulándose en ellos, se tornaba «endiablada» y la postura sumisa y catatónica exigida para la educación.

En esa perspectiva, parece, como afirma Gilberto Freyre, que los niños querían vengarse de las «enfermedades, castigos por hacerse pis en la cama, purgante una vez por mes»²⁹ y de la educación impuesta y realizada por los maestros en las casas y, principal-

27. MACHADO DE ASSIS, J. M.: *Iaiá García*, Porto Alegre, L&PM, 2002d, pp. 19-20.

28. *Ibid.*, p. 214.

29. FREYRE, G.: *Casa-grande e senzala*, 32ª ed., Rio de Janeiro, Record, 1997, p. 368.

mente en la escuela, donde, en ninguna narrativa de las novelas analizadas, hay referencias a la tolerancia, respeto o afectuosidad por parte de los maestros.

Bibliografía

- ALENCAR, J. *Senhora*, São Paulo, Klick Editora, 1997.
- ALMEIDA, M. A. de: *Memórias de um sargento de milícias*, São Paulo, Klick Editora, 1997.
- AZEVEDO, A.: *Casa de pensão*, São Paulo, Martin Claret, 2002.
- ARAÚJO, H. C.: *Pioneiras na educação, as professoras primárias na viragem do século 1870-193*, Lisboa, Instituto de INOVAÇÃO educacional, IE, 2000.
- FREYRE, G.: *Casa-grande e senzala*, 32ª ed., Rio de Janeiro, Record, 1997.
- MACEDO, J. M.: *A Moreninha*, São Paulo, Ática, 1982.
- MACHADO DE ASSIS, J. M.: *Obra completa*, Rio de Janeiro, Nova Aguilar, 1997.
- *Dom Casmurro*, São Paulo, Klick Editora, 1997a.
- *Memórias póstumas de Brás Cubas*, São Paulo, Klick Editora, 1997b.
- MACHADO DE ASSIS, J. M.: *Quincas Borba*, São Paulo, Klick Editora, 1997c.
- *Helena*, São Paulo, Martin Claret, 2002a.
- *A mão e a luva*, Porto Alegre, L&PM, 2002c.
- *Iaiá Garcia*, Porto Alegre, L&PM, 2002d.
- POMPÉIA, R.: *O Ateneu*, São Paulo, Klick Editora, 1997.